

## XIV.

—Niña aún, y muy niña, empezó á decir Luisa, me casé con el conde de Peñaranda, hombre jóven aún, de bella figura, de intachable elegancia, y que pasaba por una de las personas más distinguidas de la aristocracia.

En efecto; si por distincion se entiende una instruccion variada y profunda, unos modales exquisitos y la ciencia de vestir con perfeccion, nadie era tan distinguido como el conde, y mis catorce años fueron completamente seducidos por tan deslumbradoras apariencias.

Yo era rica, y además un ángel de inocencia y de hermosura; todos los jóvenes de su edad y de su clase le envidiaron su soberbia boda, segun se la llamaba.

El conde, á pesar de todo, no podia amarme; tenia ya treinta y ocho años y el corazon desecado por toda clase de excesos y decepciones: rudos golpes habia llevado, pero no podia, en justicia, quejarse de su suerte: por donde quiera que habia pasado, habia dejado en pos un desengaño ó un dolor, y en su extraño modo de pensar—comun, sin embargo, á todos los libertinos—la mujer que habia soportado en silencio su ingratitud y su abandono, no le habia ama-

do; la que se habia quejado de él era una tonta, y la que se habia vengado, una infame.

Este, h'ja mia, es el siglo de los ateos, y no hay nadie que no busque un pretexto para serlo: el conde, personificacion é imágen de su sexo y de su clase, lo era en todo: nada habia estimado, y todo lo negaba; la felicidad habia llamado á su puerta muchas veces, y él la habia despedido como á una huésped importuna; no tenia ni fé religiosa, ni política, ni la tenia tampoco en el amor ni en la amistad; para él todo era vacío y mentira; el alma la hubiera suprimido, y en lo que podia, ya que no alcanzaba á asesinarla, porque es inmortal, como el Supremo Dios que la ha creado, la agobiaba con el horrible peso de un amargo y constante materialismo.

En vano traté de inocular en aquella helada y enferma naturaleza un átomo de la sávia generosa que llenaba la mia; en vano quise transmitirle un soplo de mi entusiasmo, un rayo de mi fé; ¡era imposible ya! el cáncer era completo é incurable.

Se reia de mis esfuerzos, y yo lloraba al compás de aquella risa sardónica, que me helaba de terror, acabando al fin por abandonar el inútil trabajo de hacer brotar algunas flores en aquella alma, que era un desierto.

El conde perseguia á las mujeres por costumbre; la que cedía al encanto seductor de sus

halagos, tan bien fingidos como si fueran hijos del más tierno amor, era olvidada muy pronto; si bien tenía la delicadeza de procurar que le despidiesen, para luego tener el derecho de lamentarse.

Cansado de aquella vida, y para restablecer su salud, que se hallaba muy quebrantada; para distraer el fastidio, que en él ya se había llegado á hacer abrumador, el conde decidió viajar, y yo quedé solitaria y triste; sin saber por qué, y como á pesar mío, le amaba, habíame apegado á él por esa íntima necesidad de afecto que sienten todas las almas tiernas, y que todas las jóvenes honradas é inocentes sienten hácia su marido: le vi partir derramando llanto acerbo; él ni se compadeció de mí, ni me ofreció que le acompañara, y marchó despues de haber impreso en mi pura y casta frente un beso helado.

Diez y nueve años tenía cuando llegó á París Mauricio con su padre; el conde viajaba por Oriente; yo estaba en París sola; vivía en una casa espléndida, me servía un ejército de criados, y me rodeaba una córte de la que yo hacía muy poco caso; una terrible nostalgia me tenía enferma; aislada en medio de aquella brillante sociedad, pensaba en la madre patria; lloraba por el bello cielo de España, y el volver bajo él, había llegado á ser mi pensamiento fijo.

Mauricio vino á mi lado como un recuerdo

de aquella patria por la que yo lloraba en mi destierro; la tristeza se hallaba impresa en sus facciones; honda melancolía moraba en el fondo de sus negros ojos: tú, hija mia, que le has visto ahora agobiado de penas y despues de pasar muchos años, puedes suponer hasta qué punto estaria entonces dotado de belleza: no había yo visto aún ningun hombre que se le pareciese; su gravedad contrastaba con aquella frivolidad francesa que yo sufría sin poderla soportar, y hasta la tristeza profunda de que parecía hallarse poseído, añadía á sus facciones un encanto supremo.

Todo me empujaba hácia él: mi soledad y mi propia desventura, mi juventud y mi absoluto y completo desamparo; mi marido no me escribía sino muy rara vez; no tenía padres, hermanos, hijos, ni ninguna afecion sobre la tierra. Mauricio pareció fijarse en mí, y el mismo aislamiento en que me hallaba le interesó profundamente.

Me dijo que me amaba, y pienso que al decirme él lo creía así, y que durante tres meses me consagró un tierno afecto; yo le quise con toda mi alma; el inmenso tesoro de ternura que había en mi corazón le dediqué á él, y cada día le hallaba más noble y más digno de ser amado.

Jamás había yo oído el lenguaje que él usaba; era á la vez grave y tierno, noble y lleno de encanto.

Cuando yo le hablaba de mi recelo de que tuviese amores en Madrid, cambiaba de conversacion y me decia con tristeza:

—Luisa, mi querida Luisa, hablemos de otra cosa; tú eres un angel de hermosura y de gracia; tu alma es buena y grande; hablemos del presente, en que tan dichosos somos, y no miremos al pasado, en el que los dos hallariamos nubes; ¿piensas que yo no recuerdo con honda amargura que estás casada? á ser tú libre, serias mi esposa; te estimo tanto como te amo, y no puedo darte una garantía mejor de mi amor que el asegurarte que me casaré contigo si algun dia llegas á serlo.

—¿Quién sabe si tú lo serás entonces? objeté yo tristemente.

Si algun dia me caso, será por otras razones que las que me unirían á tí; á tí me llevaría solo el amor; pero no me casaré sino cuando me hayas dicho que has dejado de amarme para siempre.

Yo me daba por contenta con esta respuesta; Mauricio me ofrecía cuanto podia; pedirle más, hubiera sido martirizarle inútilmente; yo le veía amante, dedicado á mí, contento y feliz á mi lado, y no me atrevía á demandar más á la suerte.

Pronto empero fué alterada aquella serenidad melancólica, que parecía ser su estado habitual, por negras nubes; de repente le ví vol-

verse distraído, y una inquietud profunda parecía devorarle; no quería venir á mi casa á las horas en que yo tenía gente, y yo, para no verme privada de su compañía, que era para mí lo más grato de la tierra, empecé á dar á mi camarera la orden de negarme á las personas que tenían la costumbre de visitarme.

Averiguóse muy pronto la causa de no hallarme nunca en casa, cuando antes jamás salía de ella; la corte galante que me rodeaba, compuesta de hombres de alta posicion, y que se contentaban con mi afable trato, sin exigirme preferencias, inquirieron en breve la causa de mi retraimiento, y se dió por ofendida de él; empezaron las hablillas, y las calumnias siguieron muy pronto; en pocos dias *la historia de mis amores* fué el pasto del mundo elegante; y en el bosque, en los salones, en los teatros, mi nombre rodaba de boca en boca unido al de Mauricio.

Yo me quejé á este de lo que sucedía, y me contestó:

—Era de esperar esto; no has sido bastante cauta, Luisa.

—¿Qué quieres decir? exclamé resentida.

—No debías haberte aislado así.

—¡Por tí lo he hecho! repuse: tú no querías venir cuando tenía gentes.

En vano esperé una palabra de gratitud ó de consuelo. Mauricio no respondió; mudo y absorto en una meditacion profunda, no pare-

cia pensar en mí, ni en la triste situacion en que me habia colocado.

—¡Y qué! exclamé; ¿nada tienes que decirme? ¿nada se te ocurre?

—¿Qué quieres que te diga? cuanto se me ocurre te ha de parecer duro.

—Habla sin embargo; todo lo prefiero á ese silencio helado.

—Pues bien, Luisa; por tí, sobre todo, debemos dejar de vernos; que esta separacion me será muy sensible, no hay para qué asegurártelo; pero es indispensable.

El llanto acudió á mis ojos con ímpetu violento, é inundó mis mejillas; pero Mauricio ó no lo vió ó no quiso reparar en él.

Yo era orgullosa; sequé aquellas lágrimas con una especie de fiereza, y no articulé una sola queja, pero alcé la vista al cielo, y una voz interior murmuró dentro de mi alma:

—¡Toda culpa lleva en sí misma su castigo!

Era el grito de mi conciencia, que, al levantar los ojos al Supremo Consolador, me acusaba de mi debilidad.

Mauricio se despidió de mí sin que una sola palabra me demostrase, ni su deseo de continuar viéndome, ni su dolor por la separacion á que nos íbamos á someter: yo le dejé salir con una tranquilidad aparente: pero mi corazon se hallaba desgarrado.

Tres dias pasé sin noticias tuyas, y sin

querer, ni llamarle, ni escribirle; ¡pero, ¡Dios mio, qué horribles [torturas apuré durante este tiempo! ¡cada hora del dia me parecia un siglo de tormentos! Podria decir como Mad. de Sevigné: «Dotada de una imaginacion demasiado viva, la incertidumbre es para mí peor que la muerte» El sueño huyó de mis ojos; si dormia algunos instantes, era para despertar acosada por aquel dolor sin descanso y sin nombre, que eternamente velaba en el fondo de mi alma; agobiada de una angustia desgarradora, dejaba el lecho, y me paseaba por la habitacion, hasta que el cansancio fisico y el frio penetrante me obligaban á buscar un descanso que solo duraba pocos momentos, y que volvía á ser interrumpido por la misma angustia.

Algunas veces, despues de haberme despertado repetidamente durante la noche, me dejaba caer de rodillas, y pedia al cielo el alivio de aquel horrible tormento; pero la oracion misma me aterraba; el fin de aquel martirio, ¿no era la continuacion de aquel amor culpable? ¿y podia el cielo escuchar mis súplicas? ¿podia darme la dicha que le pedia?

Yo habia profesado siempre una tierna devocion; un amor extremo á la Madre de Jesús: como el hijo que teme la severidad del padre, y, viéndose culpado, acude á la que le llevó en su seno, yo acudí á María y le pedí su divino auxilio; le hablaba y le pintaba mi dolor, es-

perando, sin pedirlo, por no atreverme á tanto, el fin de él; un día, y como un pensamiento salvador, brotó en mi alma esta idea:

—¡Dadme al olvido, señora! ¡Curadme de esta llaga, y traed á mi espíritu un poco de tranquilidad!

Desde aquel día ya no pedí *amor*, sino *olvido*; y en efecto, un poco de calma me trajo de nuevo el sueño, y con él alguna tregua á mis tormentos.

Yo he creído siempre, hija mía, que la mujer no debe saber quejarse; para mí era cosa muy fácil y muy poco costosa morir: pero dirigir á Mauricio reconvenciones, perseguirle, llamarle, era imposible.

Así, á lo ménos, conservé su estimacion; pero quince días de la terrible lucha que tuve que sostener, destrozaron mi corazón, y llevaron á mi espíritu la tristeza que jamás le ha abandonado ya: mi belleza, tan pura, tan fresca, tan dulce, tan casta y tan radiosa, se agostó también, como se agosta una delicada camelia expuesta á los rayos ardientes del sol: á los veinte años, una expresion de gravedad dolorosa se extendió por mi rostro, apagó el brillo de mis ojos, devoró el sonrosado de mis mejillas, vistió mi frente con las nubes de la melancolía, y cerró mis labios á la dulce y melodiosa risa que antes brotaba de ellos, y cuyos ecos sonaban como un collar de perlas, cuyos granos,

roto el hilo que los sujetaba, van cayendo uno á uno en una copa de cristal: desde entonces solo he podido sonreirme: desde entonces mi alma ha quedado triste, y lo estará hasta la muerte!

Tú, hija mía, acaso no comprenderás el estrago que hace en el alma una pasión; pero ¡ay! que aún no has conocido tampoco esa pasión única y profunda que es todo en la vida, y sin la cual la vida es un desierto espantoso! Cuando en el amor toma parte el corazón, el entendimiento y la razón; cuando se puede pensar y sentir á la vez con la persona amada; cuando se hallan con ella todas las armonías del espíritu; cuando basta una mirada para comprenderse... entonces el amor es irremplazable, y al mirar una larga vida, árida, vacía y desierta se cierran los ojos con espanto, y se pregunta el ánimo abatido:

—¿Para qué la quiero?

Algunas veces pensaba en lo que yo era, y no podía explicarme el desden y la indiferencia de Mauricio: en efecto; yo era joven, ó, más bien, casi niña; era hermosa, elegante, rica, dotada de talento y de nobles cualidades; aunque no careciese de modestia, me veía obligada á confesármelo así: ¿qué encontraba Mauricio en otras que yo no podía ofrecerle?

A esa pregunta no hallaba yo ninguna respuesta que darme, y caía de nuevo en una triste resignacion, reconociendo mi impotencia.

El padre de Mauricio, que era el único que hubiera podido darme alguna razon de la extraña conducta de su hijo, habia ido á hacer un viaje á Lóndres: á su vuelta ya me hallaba yo más tranquila, y cuando vino á verme, fué él quien, estrechando mi mano entre las suyas, me dijo con profundo dolor:

—¡Soy muy desgraciado, Luisa!

—¡Y yo tambien! respondí sin poder contener las lágrimas, pues la vista de cualquiera pena renovaba la mia.

—Mi hijo, prosiguió de nuevo el baron, es perdido para mí, para Vd., para todos los que le aman! ¡se ha vuelto á Madrid!

—¿Cuándo?

—Anoche, sabiendo que yo llegaba hoy á París.

—¿Pero, qué interés tiene allí? ¿qué sucede?

Un eriado que entró trayendo una carta, impidió al baron contestarme: yo la tomé maquinalmente y lancé un grito de alegría: el sobrescrito era de Mauricio.

La abrí con mano trémula y la devoré en un instante, dejándola caer despues con desaliento sobre mi falda: decia así:

«¡Perdon, Luisa!

»¡Mi noble, mi buena Luisa, perdóname! ¡Al engañarte, me engañaba á mí mismo! mejor dicho, yo estaba seguro de que te amaba: ¡queria olvidar otro amor, que es muy desgraciado

y muy triste! ¡pero me ha sido imposible! ¡la pobre criatura á quien olvidé por tí, se muere! ¡no me acuses si vuelo á su lado! ¡no me culpes si voy á recoger su último suspiro! ¡Oh, Luisa! ¡es un ángel, un ángel desterrado en esta tierra de dolor, y que vuelve á su patria! ¡yo la amo con invencible pasion, porque jamás ha sido mia, porque el amor más puro nos ha unido, porque solo nos ligan los lazos del espíritu! ¡yo me acuso de mis amores contigo como de un crimen, como de una baja é infame infidelidad que ella no merecia; acuso á mi padre, que me trajo aquí y me hizo conocerte; me acuso á mí, que tuve la debilidad de separarme de ella y de amarte... sí, á vosotros y á mí acuso de su muerte, porque lo que la mata es el saber que te he amado á tí! no me lo ha dicho, pero estoy seguro de ello.

»Mi prima Julia, que ha llegado aquí con su marido, y á la que tú conoces, me ha dado, con una malvada alegría, la noticia de hallarse agonizando esa pobre criatura desvalida, desconocida de todos, pobre y aislada en la tierra, pero superior á todo lo que yo he conooido: vuelo á su lado; no puedo ni debo hacer otra cosa; ella ni se queja ni me llama; muere resignada y noblemente, pero mi corazon me lleva á su lado para verla por última vez, y para grabar su imágen dentro de mi alma.

»Si esta imágen de la muerte puede borrar-

se en él algun día, yo volveré á tí, oh mi buena y querida Luisa! ¡no lo dudes! si yo puedo amar de nuevo, tú serás mi único amor en la tierra.

»Adios Luisa, no me aborrezcas; ¡yo llevo de tí un grato y dulcísimo recuerdo!—*Mauricio.*»

Quedé anonadada; y cuando pude pensar en algo, mi primer movimiento fué alargar al baron la carta de su hijo.

No sé lo que aquél habló ni lo que pasó despues: cuando volví en mí estaba sola; pude llorar abundantemente y me encontré más aliviada; el cielo nos ha dado en el llanto un inmenso beneficio.

La llaga de mi dolor apareció de nuevo, honda, sangrienta; pero conocida ya la causa de la mudanza de Mauricio, el amor propio contribuyó á mi salvacion, y Dios, supremo consolador de los extraviados y afligidos, despertó en mí, con fuerza inusitada, aquel sentimiento.

Quince días despues llegó una carta de Madrid: era del baron, y solo contenia algunos renglones:

«La mujer que tan desdichado habia sabido hacer á mi hijo, ha muerto.

»Como último mal, le ha dejado en un estado de demencia, del que será, si no imposible, á lo ménos muy difícil que cure.

»Compadézcame Vd. y á él tambien, amiga mia. ¡Mauricio es muy desgraciado!—*El baron de Riosanto.*»

No recibí más noticias de Mauricio: poco á poco volví á adquirir alguna tranquilidad y me dediqué á expiar la falta de haber amado á otro hombre que no era mi marido, á pesar de lo poco que éste lo merecia: volví al trato del mundo; era rica y envidiada, y tan pronto como quise me abrió de nuevo sus puertas: mi falta hizo creer á los que yo habia desdeñado que en adelante seria mi conquista más fácil; pero el desden con que recibí sus declaraciones les sacó muy pronto de su error, y volví á pasar por la más insensible de todas las jóvenes casadas del gran mundo.

Esta tarde oirás de los lábios de Mauricio el final de su historia, continuó la condesa estrechando la mano de Carlota: te he referido sucintamente la mia para que huyas del amor naciente que quizá le dedicas ya sin saberlo; hija mia, el corazon de Mauricio es un sepulcro; y si era indigno el que te casaras con el general solo llevada del interés de ser rica, seria tambien muy triste que te apasionaras de un hombre que no puede corresponder á tu puro, tierno, y entusiasta amor.

Hoy, hija mia, yo no me casaria con Mauricio, aunque él lo quisiera; hoy no amo ni quiero pertenecer más que á Dios y á tí; tú eres mi hija, y como madre te aconsejo y te encargo que busques la dicha en un manantial más puro.

Vete, prosiguió la condesa; vete, Carlota...

y piensa hasta la tarde en lo que acabo de decirte; piensa en que, aunque la sociedad atea niega el amor, el amor existe, y á veces llena la vida.

La jóven no respondió nada; abrazó á su madrina con una mezcla de ternura, de gratitud y de respeto, y volvió á su cuarto, sumergida en efecto en una meditacion profunda.

## XV.

—Vengo hoy á terminar mi historia, Luisa, dijo al entrar por la tarde el baron de Riosanto; si la boda de Carlota tiene lugar pasado mañana, me esperaré á ella; y si tu y ella no os oponéis, seré el padrino; el general es amigo antiguo de mi padre, y me conoce y me estima, tanto como yo le amo y le respeto.

—Amigo mio, repuso Luisa, tal vez la boda de mi ahijada no se llevará ya á efecto; no me parecia á mí bien unir la primavera al invierno, y creo que la misma Carlota, despues de reflexionar, será de mi mismo parecer; y ahora hablemos de otra cosa: ¿permities que esta tarde se halle esa niña presente al final de tu narracion?

—¿Por qué no? repuso Mauricio; es una historia muy triste, pero muy pura. Sin embargo, me admiro de ese deseo tuyo, querida Luisa.

—Es tambien el de Carlota.

—¿Ella quiere oir el final de mi historia?

—Sí, la ha escuchado ya toda, oculta entre aquel grupo de rosales.

El baron se sonrió melancólicamente.

—¿Es acaso el haber oido la historia de mi desventurado amor lo que le hace renunciar á su boda con el general? preguntó.

—Sí, respondió la condesa, esa niña egoista y fria, se ha vuelto de repente una mujer entusiasta y enamorada, y te ama á tí, Mauricio.

El baron miró atentamente, pero sin sorpresa, á la condesa; conocia demasiado el corazon humano para admirarse de nada; vió desde luego que Luisa habia dejado de amarle, y se dió por ello el parabien.

—No pensemos en los sueños de esa pobre niña, dijo; y puesto que hay un corazon jóven y puro que la pertenece, obliguémosla, de comun acuerdo, á ser dichosa; unámonos para esta buena accion, Luisa, y despues nos separaremos de nuevo, hasta el dia en que la nieve de los años haya apagado nuestras pasiones; hasta el dia en que la ancianidad nos reuna en una noble y santa amistad.

—¡Qué! ¿piensas volver? exclamó la condesa.

—¿Podia acaso renunciar á tí? repuso Mauricio; un alma como la mia ¿se pone impunemente en contacto con un sér como tú? No, Luisa; el último tercio de la vida lo haremos

juntos y apoyados el uno en el otro; despues de haber yo pasado por todos los errores de la juventud y tú por todos los dolores, miraremos juntos al cielo, y esperaremos unidos la hora de ir á someternos al juicio de Dios.

—¡Gracias, Mauricio! exclamó la condesa, por cuyas mejillas se deslizaron dos lágrimas; tú me has vuelto la tranquilidad y la esperanza de la dicha; ¡ah, bendito sea Dios, que no abandona jamás á los que sufren y se arrepienten!

Carlota apareció en este instante á la puerta del salon: Luisa se levantó; la tomó de la mano, y se dirigió con ella al peristilo, siguiéndolas el baron.

Sentáronse todos, y Mauricio se puso á contar lo que sigue, con su voz grave y armoniosa, bajo las estrellas, que ya empezaban á bordar el cielo, y en la calma y el silencio de una noche embalsamada.

—Te dejé, Luisa, segun te decia en mi carta, porque mi prima Julia, que habia llegado á París con su marido, me habia dado, con una malvada alegría, la noticia de que Amelia, mi pobre Amelia, se moria.

Yo habia sentido durante algun tiempo el irresistible ascendiente de tu belleza, de tu talento, de tus gracias, de tu escogida y noble naturaleza; yo te amaba; y á no haber hallado en mi camino aquella sombra triste y doliente

que llevaba el nombre de Amelia, tú hubieras sido el único y verdadero amor de toda mi vida.

Yo no sé qué diferencia habia entre el afecto que sentia por tí y el que ella me inspiraba; acaso era el lazo del dolor, tan poderoso en las almas nobles, el que á ella me unia; acaso era una tierna y profunda conmiseracion; ella era desgraciada, tú feliz, segun todas las leyes de la sociedad; ella era muy pobre, tú opulenta; en una palabra, ella me necesitaba, y tú no: acaso mi orgullo varonil hallaba un secreto placer en ser el único sosten de aquella débil é infeliz criatura: el que te se aproximaba recibia de tí brillo: te rodeaba una corte de adoradores que extendian sin cesar á tus piés la alfombra muelle y delicada de sus linsonjas; tenias un esposo que, aunque separado de tí temporalmente, te daba con orgullo su nombre, y respondia de tu posicion en el mundo. Amelia se hallaba sola en la tierra.

Comparando rápidamente su situacion y la tuya, me dije que debia ir á su lado, y partí, dejando para tí una carta y para mi padre un billete muy conciso.

Hallé á mi pobre amiga en el último periodo de su terrible enfermedad.

Siéndola imposible el estar acostada, se hallaba en una silla, vestida con su traje blanco y con su hermosa cabellera rubia partida en trenzas que caian por su espalda. Amelia moria

bella é inocente, como habia vivido: el dedo de la muerte, al apoyarse en su frente, no habia podido arrebatarle su casta y luminosa expresion; no habia sombras en aquel puro y dulce semblante: sus ojos, agrandados por la enfermedad, parecian de un azul más puro y más intenso, y su luz se asemejaba á la de las estrellas, que parecen mirarnos desde muy léjos. Amelia miraba ya al cielo: yo contemplé aquella dulce criatura que se asemejaba á una azucena doblegada bajo el viento de la tempestad: Jamás el alma inmortal se ha revelado más claramente á mis ojos que en aquel cuerpo débil, elegante y ligero, que se inclinaba hácia el sepulcro: aquella inocente niña, tan tierna y tan bella, que moria sin quejas y sin desesperacion, que moria dulce y resignadamente, dejaba la vida, aniquilada por el amor que me habia profesado.

—¡Oh, Mauricio! exclamó: ¡no esperaba verte! ¡me habian dicho que allá, en aquel dorado París, que yo he deseado ver tantas veces en los sueños de mi infancia, que en aquella encantadora ciudad, amabas y eras amado!

Yo caí de rodillas delante de Amelia, y doblé mi frente sobre sus blancas y pequeñas manos, enflaquecidas por la enfermedad.

—Aunque así sea, prosiguió ella sorprendida por mi silencio, que no trataba de negarle lo que ya sabia, aunque así sea, has venido, y yo

te doy gracias, mi buen Mauricio: cuanto más ames allá, mayor sacrificio has hecho viniendo aquí!

—¡Perdon! exclamé; ¡perdon, Amelia!

—¿De qué? preguntó ella con una plácida sonrisa: ¿no te debo los únicos dias de dicha que he conocido?

—¡No! mi fatal amor ha desarrollado en tí esa cruel enfermedad: ¿por qué me has amado?

—¡Dios lo sabe! respondió: podia, sí, haber vivido largos años con aquella existencia pálida y fria en que tú me conocistes: sin emociones, no hubiera yo enfermado; pero ¿merece el nombre de *vida* aquel marasmo mortal? Ahora, que realmente he *vivido* amándote, ya puedo morir.

—Lo que ha puesto tan mala á la pobre señorita, dijo la criada, que se hallaba presente, es que vino su prima de Vd. y le dijo que Vd. se casaba allá en aquellas tierras donde estaba.

—¡Cómo! exclamé indignado: ¿Julia ha estado á decirte que me casaba?

—Sí, respondió Amelia estremeciéndose.

—¿Y tú lo has creído?

—¡Sí! ¿por qué no lo habia de creer? ¿Podia yo haber pensado jamás en tenerte unido á mi triste destino? y sin embargo, á pesar de que me hice todas estas reflexiones, á pesar de que no te acusaba, al saber que te separaban para siempre de mí el deber y el amor, creo que se

rompó algo necesario á mi vida, y miré á la muerte como á un beneficio del cielo.

—¡Qué indigno engaño y qué inicuo asesinato! exclamé con amarga cólera. ¡Jamás, Amelia, jamás he pensado en casarme! ¡y esa infame mujer me responderá de tu vida!

—Yo soy dichosa dejándola, Mauricio, repuso la pobre niña: te amaba, y no podía pertenerte: el mundo, con sus frias realidades, se oponia á ello: esta existencia mia era muy infeliz, y hacia desdichada la tuya: muero pura y digna, como he vivido, y voy á esperarte á las comarcas donde la luz es eterna! ¡donde el dia no muere jamás! ¡donde podré amarte siempre!

Amelia, rendida con aquella emocion profunda, dejó caer hácia atrás su cabeza; extendióse por su rostro la palidez del nácar, y llevó la mano al corazon como si sintiese allí un dolor agudo y devorador.

Dos horas duró su desmayo: solo estábamos allí para aliviarla la pobre mujer que la servia, y yo, que lloraba con desconsuelo.

—¡Ay señorito! exclamó la buena mujer: ¡si estuviera Vd. tan acostumbrado como yo á verla así! ¡á cada instante se queda sin conocimiento! ¡y siempre sola conmigo! ¡pobre niña!

Inútil es decir que no me separé del lado de mi adorada enferma: á las once de la noche fué preciso llamar al médico. Amelia dejaba escapar gemidos dolorosos é inarticulados.

—¡Oh! exclamaba: tengo aquí, en el pecho, una fiera que salta, que me muerde, que me devora! ¡Oh! sacadme este corazon, para que pueda morir en paz; no puedo ya soportar este martirio.

En efecto; yo veia su corazon palpar y moverse con tan horrible violencia, que parecia querer romper la frágil cárcel de su pecho; aquel seno blanco y adelgazado por crueles sufrimientos, se enrojecia con el impetu que le imprimian los terribles latidos; parecia, en efecto, aquel corazon inflamado y doliente, una bestia feroz que pugnaba por hallarse en libertad!

¡Oh, Luisa, oh, hija mia! prosiguió el baron tomando con las suyas las manos de la condesa y de Carlota; es imposible que pueda ya ofrecer el blando nido que el amor pide y necesita, el alma que, como la mia, ha sufrido aquel atroz martirio! ¡ver morir á la criatura inocente que se adora! verla morir entre tormentos, sin poder ni salvarla ni aliviarla! ¡eso es superior á las fuerzas humanas!

Al amanecer, Amelia se incorporó en el lecho.

—¡Dios mio! exclamó: yo no os pido vivir, sino morir sin sufrir tanto. ¡Dios mio! ¿qué os he hecho yo? Os he amado siempre... á nadie quiero mal... he hecho cuanto bien he podido... le amaba á él, y se lo he ocultado en tanto que me ha sido posible... ¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me abandonais?...

¡Oír quejarse así á aquel sér débil y tierno y no poderle aliviar! ¡Oh! hubo un instante en que quise matarme, y abrí con ímpetu el balcón de la estancia.

—¡Desdichado! exclamó el médico: ¡usted es quien la mata! Si ella no le hubiera conocido, habria vivido largos años; tenga Vd., pues, el valor de sobrevivirla; ese será su castigo.

El trastorno de mi espíritu era tal, que no me dejó ni aun comprender la barbarie de aquel hombre, que me castigaba como de un crimen de mi desgracia: volví al lado de Amelia, que, ya sin fuerzas para hablar, estaba inmóvil y tendida en su lecho, donde la habíamos colocado: de repente abrió los ojos, que se fijaron en el cielo, y una celeste sonrisa abrió sus labios.

¡La Uncion, al instante! dijo el médico en voz baja á la criada.

—Ayer se confesó, dijo ésta, y recibió al Señor: ahí está esperando el sacerdote.

Sin perder su celeste tranquilidad, recibió Amelia el último de los sacramentos: un instante despues se incorporó de improviso; echó los brazos á mi cuello, y sus cabellos rozaron mi frente; su mejilla tocó á la mia, y sentí pasar un soplo leve por mis labios... aflojóse el amoroso lazo que sus brazos me hacian, y su peregrina cabeza cayó sobre mi hombro.

En aquel primero y último beso habia dejado su postrer suspiro.

Yo lancé un grito de lo íntimo de mi alma.

Despues perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí me hallé en mi casa y en los brazos de mi padre, que lloraba silenciosamente: yo recliné mi cabeza en su pecho, y prorumpí en sollozos secos y desgarradores.

Seis meses estuve sin razon: decian que sin cesar llamaba á Amelia. Ella dormia ya en el cementerio, donde mi padre la hizo acostar en un sencillo nicho de mármol blanco.»

El baron dejó caer la frente en sus manos; por entre sus dedos se veian pasar gruesas lágrimas; sus dos amigas, hondamente conmovidas por aquel triste relato, respetaron su dolor, y guardaron silencio.

—Catorce años han pasado, prosiguió Mauricio, tras de un largo silencio, y aún los recuerdos de aquel amor están vivos en mi alma, y aún la imágen de Amelia está delante de mis ojos: paréceme que no ha muerto: cuando socorro á los desgraciados, lo hago á nombre suyo; cuando voy á cometer alguna accion culpable, me salva su dulce recuerdo; solo el cuerpo de Amelia está en la tumba; su alma ha quedado conmigo.

Murió mi padre, y mis hermanos mayores pasaron tambien á mejor vida, heredando yo el título que pertenecia á mi familia: he viajado por todo el mundo, y fuerza es confesarlo, á pesar de lo viva que estaba en mí la memoria de

mi malograda Amelia, tu dulce recuerdo, Luisa, me acompañaba muchas veces en la voluntaria soledad á que me habia condenado: tú eras una niña inocente, bella, encantadora, cuando yo te conocí, cuando me amastes, y cuando yo te amé tambien; pensaba en tí como en una hermana querida, y mil veces me he dicho: "Solo al lado de Luisa podría yo pasar mi vida; pero, ¿seria digno de ella ni de mí, el ofrecerle un corazon lleno de la imágen de otra, y lacerado por un dolor sin consuelo?"

No he querido, hasta hace ocho dias, volver á España; pero he escrito muchas veces informándome de tu suerte; supe que habia muerto tu marido, que eras libre; entonces te escribí con la esperanza del cariño fraternal que por tí abrigaba: tú me contestaste con tu ternura habitual, dándome gracias por mi recuerdo, consolándome por la pérdida que habia experimentado con la muerte de varias personas de mi familia y anunciándome tu próxima vuelta á España.

Yo seguí viajando y cansando el cuerpo para adormecer el dolor del alma, cuando al fin me he resuelto á volver; tú eres la primera persona á quien he querido ver; te he hallado buena, tierna y generosa, como siempre, aún bella, y haciendo la vida de una santa.

Dentro de tres dias vuelvo á salir para Alemania: aquel país, sencillo y grandioso en sus

tradiciones, es la patria que deben buscar los grandes dolores: cuando, dentro de algunos años, se haya purificado aún más el recuerdo que guardo de Amelia; cuando ya me halle en el invierno de la vida, entonces volveré, para no separarme ya de tí, y el lazo de una eterna union consagrará la tierna amistad que te profeso: no es el amor ardiente y tempestuoso, concluyó el baron, mirando paternalmente á Carlota, lo que da la dicha, sino un tierno y tranquilo afecto: en cuanto á mí, ya he sentido *el último amor*: ¿ese es el eterno y el que no se olvida jamás!

## XVI.

Carlota permaneció todo el dia siguiente en su cuarto: por la mañana habia enviado á su doncella á decir á la condesa que se hallaba indispuesta, pero que por la noche contaba con poder bajar al salon.

Luisa comprendió la tempestad que se agitaba en aquella alma fogosa y altiva, y la dejó en la soledad: escribió al general que viniese á la quinta, pues tenia que hablarle de un asunto importante, y envió la carta á Madrid, donde aquel se hallaba con su criado.